

20 DE ENERO.

Una ejecucion.

Ayer en la tarde habia yo ido, segun mi costumbre, á la iglesia de San Andrés *delle Fratte*, situada á cuarenta pasos de nuestra habitacion, y habia rezado el oficio delante del enrejado de la primera capilla dedicada á San Miguel Arcángel, y que está á la izquierda de la entrada. Estaba muy léjos de mí (pensar) que Dios iba á escoger en la mañana siguiente aquella capilla de una modesta iglesia, para hacer brillar su gloria con un prodigio de que casi no se encuentra un ejemplo en los anales de la historia; pero no debo anticiparme. Al salir de allí, percibí un grupo numeroso al rededor del ángulo de la Propaganda; me acerqué, para ver lo que atraía á la multitud y le imponía el respetuoso silencio que yo no comprendía. A 6 piés de altura estaba colgado en la pared, un ancho rótulo de madera, en que se hallaba escrito en gruesas letras negras, lo que sigue: «Indulgencia plenaria para todos los fieles que despues de confesarse, comulguen mañana en, (aquí venian los nombres de muchas iglesias) y rueguen por los que están condenados á muerte.» Habia carteles semejantes, colocados en las enerucijadas y en las esquinas de las calles principales; esto me hizo entender que al dia siguiente iba á tener lugar una ejecucion.

Miéntas que en Paris los pregoneros públicos, especulando con la curiosidad de la multitud, proclaman en las calles las ejecuciones de muerte y parecen convidar al pueblo á un espectáculo, aquí se notifican tales ejecuciones, llamando á todos los fieles á la oracion. Esta manera de anunciar el fatal acontecimiento, indica bajo qué punto considera Roma el suplicio del

culpable. En la víctima de la justicia humana, ella vé una alma ante todo que salvar, y en el espectáculo de su muerte, una reparacion hácia la sociedad, y una leccion de alta moral; para alcanzar este triple objeto, pone todo por obra. Contando desde el dia de la condenacion, el criminal se hace objeto de los cuidados más caritativos; nada se omite para disponerle al terrible paso del tiempo á la eternidad. Al decir lo que vimos, escribo la historia invariable de lo que se hace en semejantes circunstancias. Desde por la tarde, los *Cofrades de la Misericordia, Confortatori* ó de *San Juan decapitado*, se reunieron en gran número. Esta tierna institucion, fundada bajo Inocencio VIII en 1488, asiste á los condenados á muerte con una caridad verdaderamente cristiana. Los miembros de esta sociedad deben ser Florentinos, ó por lo ménos de familias originarias de Toscana, en memoria de los fundadores de la obra. Algunos de ellos se dirigieron á la prision, y se pusieron en oracion. A la media noche, uno de los porteros de cárceles, entró como de ordinario al calabozo, para ver si todo estaba en orden; luego cerrando la puerta, arrojó un billete á la triste morada; el condenado sabe por tradicion, lo que aquello significa. Se le deja solo durante algunos momentos, atendiendo á que comunmente la impresion producida por el terrible anuncio, no le permite oír ni la voz de la amistad, ni la de la fe. Una vez que se tranquilizaron los que debian morir al dia siguiente, entraron los *Confortatori* al calabozo; un prelado y un obispo, miembros de la cofradía, se encargaron de darles los primeros consuelos. Oraciones, palabras dulces, y señales de la más afectuosa ternura, hé aquí lo que tenia lugar en la prision, y lo que siguió sin interrupcion alguna, hasta el momento supremo; por afuera, ved de qué fuimos testigos.

A media noche, cuando llegaba á los condenados la funesta noticia, se expuso el Santo Sacramento en la iglesia de la cofradía de la Misericordia, y los miembros de las diferentes asociaciones de piedad, tan numerosas en Roma, rodearon el altar del Dios condenado él mismo á la muerte, por la salvacion del mundo. Al despuntar el dia, se expuso al divino Salvador á la veneracion de los fieles, en muchas iglesias, y principalmente en *San Nicolás in Arcione*. El pueblo acudia allí en masa, los tribunales de la penitencia estaban rodeados y se veian en la mesa santa á numerosos cristianos, rogando por la salvacion de sus desgraciados hermanos. El Santo Padre tambien hacia una larga adoracion delante del Santo Sacramento, expuesto en su capilla doméstica.

Como á las ocho y media, se puso en marcha el lúgubre cortejo. Despues de un piquete de dragones, enmedio de una muchedumbre inquieta á veces ruidosa, á veces silenciosa, se adelantaba una larga procesion de religiosos y cofrades de la Misericordia, cubiertos con sacos negros, una antorcha en la mano y salmodeando en tono grave las letanías de los agonizantes. Venia en seguida la fatal carreta rodeada de carabineros, y seguida del *boia* verdugo. Los dos condenados estaban sentados en el mismo banquillo, acompañados de tres sacerdotes; dos de ellos estaban á los lados de los pacientes, y el tercero poniéndoles delante de los ojos una imágen de la Santísima Virgen. ¿Sabeis cuál es el grito que se escapa de entre la multitud que obstruye las calles, y de las plazas y ventanas? Uno solo; éste es: *¿Sono Convertiti?* ¿Están convertidos? ¿se han confesado? Uno de los sacerdotes asistentes, respondia por uno de los condenados afirmativamente, con un signo de cabeza muchas veces repetido. Entónces hubierais oído á todo aquel pueblo tan impre-

sionable y tan expansivo, dirigir mil bendiciones al culpable y decirle: «Hijo mio, hermano mio, sé bendito; cobra ánimo; yo mandaré decir una misa por tí; yo prometo una novena por tí, una comunión, una limosna; no te olvidaremos; cuidaremos de tu mujer, de tu hermana, de tu madre, de tus hijos.»

El otro condenado, culpable de parricidio, habia permanecido sordo á las solicitudes de la misericordia; y á un signo del sacerdote, que queria decir: *Non e convertito*, no está convertido, aquella misma multitud estallaba en reproches, en amenazas, en maldiciones: «*¡Birbone!* ¡tú vas á morir como un turco! ¡dentro de poco estarás en el tribunal de Dios! Anda, desgraciado, tú serás condenado en la eternidad.» Difícilmente podrá expresarse la impresion producida por la voz de todo un pueblo, pronunciada con anticipacion, la sentencia eterna de bendicion ó de maldicion, que iba á ser pronunciada algunos minutos despues sobre los condenados, en el tribunal del soberano Juez.

Entre tanto, el cortejo se acercaba al lugar de la ejecucion; los sacerdotes redoblaban sus instancias con el obstinado; se retardaba la marcha, se detenía el paso de intento. Por fin, se llega á algunos pasos del cadalso levantado no léjos de la iglesia de San Juan decapitado. Los dos condenados bajan al *Confortatoria*, capilla provisional situada en frente de la iglesia. Se oye, por último, la confesion del reo arrepentido, y se le da la santa comunión; y despues de los veinte minutos concedidos para la accion de gracias, sube al cadalso. Allí, segun la costumbre de Roma, se pone de rodillas, y en esta religiosa actitud recibe la muerte.

Los *Confortatori*, á los cuales se habian reunido por caridad algunos religiosos conocidos por su santidad, habian quedado cerca del reo obstinado, y agotaban

todos los recursos del cielo para conmovier aquella alma endurecida. Ya habia pasado la hora de la ejecucion; el verdugo estaba en espera de la víctima. Pero por un rasgo de esa longanimidad que la caracteriza, la ley pontifical autoriza á diferir el instante fatal hasta que el desgraciado haya entrado en sí mismo. Si en la tarde sigue insensible, entónces la justicia sigue su curso. El criminal de que hablamos, seguia rechazando con una especie de furor los caritativos consejos que se le daban; se negaba sobre todo á abrir sus labios á la oracion. Por fin, uno de los sacerdotes que acababa de bajar del cadalso, le dijo: "Hijo mio, ya que no quereis rogar por vos, rogad al ménos por vuestro compañero que está ahora en la eternidad;" y se comienza el *De profundis*. Abrió por fin sus labios, rezó la oracion y se anegó en llanto. "Ya es bastante, exclamó; yo no quiero morir como un turco; yo quiero confesarme." Lo hizo, en efecto, derramando muchas lágrimas; recibió los sacramentos y subió luego al cadalso, rodeado de las bendiciones y de las promesas de todo el pueblo. Dulce ya como un cordero, preguntó: ¿Qué debo hacer?—Poned de rodillas; y se puso.—Poned ahí vuestra cabeza; y la puso, y recibió el golpe fatal despues de haber pronunciado tres veces los santos nombres de Jesus y de María. Habíase recomendado al primero, que estaba muy bien dispuesto, que rogara por su desgraciado compañero; sin duda lo habia hecho, y ¿quién sabe lo que vale ante Dios la oracion mezclada con la sangre del culpable que se arrepiente y que muere para expiar sus crímenes? El criminal habia luchado durante más de tres horas; inmediatamente despues de su ejecucion, la campana de San Nicolás *in Arcione*, anunció á los fieles que ya estaban en oracion que todo se habia consumado; eran las dos de la tarde. Se dió en

seguida la bendicion, y se volvió el Santo Sacramento al tabernáculo.

Desde por la mañana, numerosos cofrades habian recorrido la multitud, pidiendo limosna para celebrar misas por las almas de los condenados, las cuales se celebraron hasta ocho dias despues. En cuanto á sus cuerpos, los *Confortatori* los habian llevado religiosamente á la iglesia de la Cofradía, en donde los entierran despues de haber salmodiado el Oficio de difuntos. En el frontispicio de la iglesia se lee por toda inscripcion: *Per la misericordia*; "A la misericordia," y ademas, el patrono del lugar es tambien un condenado; es San Juan Bautista, cuya cabeza, puesta en escultura de piedra, abajo de la inscripcion, forma el único adorno de la fachada.

Me atrevo ahora á preguntar: ¿puede Roma asegurar mejor la salvacion del culpable, mostrar el precio que una alma tiene á sus ojos y hacer del cadalso un espectáculo verdaderamente moral?... Agregad á esto tambien que se procura diferir lo más que sea posible, el dia de las ejecuciones, con el fin de que teniendo lugar poco tiempo ántes de ellas las fiestas del Carnaval y del mes de Octubre, ellas sirvan de contrapeso á esas alegrías harto frecuentes y peligrosas. Dos particularidades sobre el verdugo, darán fin á esta triste materia. Desgraciado del *boia*, cuya morada solitaria está relegada más allá del Tiber, si se atreviese á pasar el puente de Sant-Angelo, excepto en el caso en que su ministerio es necesario; el pueblo le haria pedazos. Por cada ejecucion recibe *tres céntimos*, y esto con el fin de que el deseo de ganar dinero no le ponga en el caso de desear que se cumpla su triste deber. Este último rasgo revela, sin duda alguna, un conocimiento tristemente profundo del corazon humano.

21 DE ENERO.

Misa en la prision de Santa Inés.—Bendicion de los corderos en Santa Inés *extra-muros*.—Pormenores sobre el *Pallium*.—Descripcion de la Iglesia.—Iglesia de Santa Constancia.—Oraciones de la tarde.—Visita al cardenal Pacca.

Poder celebrar todos los dias la fiesta de los mártires en el teatro mismo de sus victorias, en medio de los más tiernos monumentos de su valor; tal es el feliz privilegio de los fieles de Roma... Ayer habia tenido el consuelo de ofrecer el augusto sacrificio de las catacumbas de San Sebastian, y en el lugar en que fué depositado por Santa Lucina el cuerpo del ilustre general. Al rededor del altar subterráneo, iluminado por seis antorchas, estaban piadosamente arrodillados hombres y mujeres del pueblo, algunos jóvenes, una princesa y un eclesiástico; parece que todas las clases de la sociedad se habian dado cita para retocar la imágen del cristianismo primitivo.

Hoy debia renovarse este espectáculo, se celebraba la fiesta de Santa Inés. Muy de mañana estábamos en la plaza Navona, prosternados con numerosos fieles en el pavimento de mármol de la magnífica iglesia. Miétras se cantaban en el templo superior las alabanzas de la jóven heroína, nos fué permitido bajar á la crypta en donde la vírgen de trece años habia alcanzado su glorioso triunfo. ¡Que consuelo para el sacerdote hacer correr la sangre divina en el mismo lugar donde corrió la sangre de los mártires y presentar este doble sacrificio al Padre de las misericordias! ¡Qué prenda de salvacion para el mundo! ¡Qué íntimos goces para el viajero! Por poco cristiano que sea cualquiera, se siente penetrado de religion y á su pesar la oracion

le viene á los labios. Al tierno recuerdo de los milagros que fueron necesarios para vencer aquí la oscuridad de este calabozo, como en la gran luz del anfiteatro, á la sociedad pagana, cuya infamia igualaba á su crueldad; á la vista de aquellos muros antiguos, de aquellas bóvedas sombrías, de aquel pavimento de mosaico, testigos diez y siete veces seculares de la victoria alcanzada por la debilidad sobre la fuerza, por la víctima sobre el verdugo, todas las potencias del alma se conmueven profundamente y felicitais á la jóven heroína vuestra hermana, la invocais con fraternal confianza y salís de ahí tres veces más feliz de lo que esperábais, por lo que habeis visto y sentido.

Aquellos afortunados momentos pasaron pronto; el tiempo nos urgia. Se trataba de trasladarnos á la basílica de Santa Inés *extra-muros*, en donde debia tener lugar la interesante bendicion de los corderos. Salimos de Roma por la puerta Pia, seguimos durante una hora la vía Nomentana y llegamos á la iglesia; la multitud se agrupaba bajo el antiguo átrio; sin embargo, pudimos penetrar al santuario y colocarnos en el ángulo del altar, á fin de ver de cerca la ceremonia. Despues de la misa, cantada con música, salió el clero en procesion de la sacristía y volvió á entrar al santuario. Abrian la marcha clérigos que llevaban antorchas, incensarios y agua bendita, venian en seguida dos eclesiásticos con grandes mantos negros, llevando cada uno en los brazos un soberbio cojín de damasco rojo adornado con franjas de oro, en el cual estaba muellemente acostado un cordero blanco como la nieve, con la cabeza coronada de rosas y todo el cuerpo sembrado de lazos de liston rojo. Estos dos corderos, con los cojines, fueron colocados en el altar, uno del lado del Evangelio y otro del de la Epístola. Todos los canónigos regulares de *San Salvador* que